

BEBÉ

(Continuación.)

¡Ah! no tienen razón, Fausta; no tienen razón. Bien lo sabes, bien lo debes de comprender tú; tú, que conoces con todos sus detalles, cómo aquella madre y cómo aquel hombre, embrutecido al fin y sin sentido moral, quisieron matar, poco a poco, mi querida juventud, aquella juventud que yo creí muerta últimamente... Pero no era así. «La juventud no vuelve», te decía yo, si mal no recuerdo, en una de mis últimas cartas. Pues ha vuelto, ha renacido en mí y, como savia vivificante, me fortalece y me devuelve la sensibilidad. Mi alma despierta, mis ojos sienten la caricia de la luz y se entornan sonrientes y con arrobos; el rubor, convertido en palidez por la lascivia, torna a colorear mis mejillas, y mi ser entero, parece sumergido en olas de luz y de perfume, que mecen mis nuevas ilusiones y mis nuevos sentimientos. ¡Ya no soy una cosa! ¡ya soy un ser!... ¡Ah, mi juventud querida, cuán hermosa eres!... ¡Y quisieron matarte en mí!... ¡Necios! No se les alcanzó que tu fuerza es tanta y tus raíces tan potentes, que cuando te oprimen para ahogarte, tú tuercas tu curso, y retoñas floreciente por otra parte, en busca de luz, de espacio, de vida. Somos iguales. Eso mismo he hecho yo. *Naturaleza* fué mi madre y de ella aprendí... No tienen derecho a quejarse. Hemos faltado todos. Mi esposo y su madre, antes; yo, después. Estamos iguales... Ahora, tú, juzgales a ellos y júzgame a mí; dime si me desprecias, ó si aun puede contar con tu cariño, esta desgraciada que tanto te quiere.

CARLOTA.

Madrid, 30 Agosto, 90.

CARTA NOVENA.

Fausta: ¡Cuán buena eres! ¡Qué corazón el tuyo, tan hermoso! Tu carta me ha llenado de alegría... ¡Dios te pague con creces, el consuelo que tus palabras han derramado en mi corazón!... Encuentras mal mi falta; pero me disculpas y me compadesces. Esto esperaba de ti. Lo que está mal, nunca puede estar bien; pero, á veces, nuestras culpas, son hijas de las ajenas... En fin, no razonemos más sobre lo que ya no tiene remedio.



Me pides detalles acerca de lo ocurrido, de la situación en que me hallo, del género

de vida que llevo; un proceso, en fin, de mi falta, que te explique cómo pudo quebrarse mi virtud, cómo pude salir de aquel atonismo, de aquella inercia moral y material, tan semejante á la resignación; inercia en que me había sumido el sufrimiento.

Duro es para mí, querida Fausta, tener que desnudar mi alma ante

tus ojos. Mi falta, es de esas más fáciles y menos vergonzosas de cometer que de razonar, tal vez porque, al cometerlas, no razonamos. Pero, no importa. ¿Quieres mi confesión? Será completa. Hacértela frente á frente, sosteniendo tu mirada... no sé si podría; escribírtela, es distinto... Seré franca, hasta el punto de parecerme osada en algunos momentos. A las almas puras, como la tuya, siempre las hiera el erótico grito de una naturaleza sedienta de vida, que se arroja á beberla en inmundas charcas. Para el que no goza dicha alguna, cualquiera es buena, creo haberte dicho alguna vez. Dije bien. Hoy añado que, el infeliz, llega á encogerse de hombros y á sonreirse estoicamente, ante su propia vergüenza, sacrificada en la afrentosa cruz de sus deslices... ¡Vivir! ¡vivir la vida de los sentimientos, no únicamente la despreciable vida animal! No ser materia víctima de una inercia odiosa; ser algo que responda libremente á los impulsos del corazón y el cerebro. Esto es lo que importa; de lo contrario, tanto me hubiese valido nacer imbécil. Ser mártir de un deber que nos otras mismas nos imponemos, es muy grande, muy hermoso, muy santo, mientras lo respetan aquellos por quienes nos lo impusimos; pero ser mártir para satisfacción del egoísmo ajeno, sacrificarme por un deber que sólo sirve para que se rían de mí aquellos que me lo exigen, no sólo lo considero ridículo, sino estúpido. Nuestros deberes, deben estar en relación con los derechos de los demás. ¿Tenían derecho á mi sacrificio, los que se reían al verme sacrificada? No... Podrás objetarme á esto, que el deber no se cumple para ser recompensado, sino para satisfacción de nuestra conciencia. Así lo creo. A mí, la conciencia, me dice que he faltado; pero nó que he faltado á mis deberes de esposa, sino á los deberes que, para consigo, tiene toda mujer digna y honrada. A estos he faltado, sí, he faltado; pero á los otros no, no lo admito, porque de ellos me reudentó su risa.

Mas, noto que hablo de todo, menos de lo que tú quieres saber... ¡Me es tan violento! Mira, Fausta, dejémoslo para mañana... Román, debe llegar de un momento á otro, y tendría que interrumpir mi relato. Te prometo escribirlo esta noche, mientras el esté en la redacción... Serán unas notas sinceras, más que una carta.

Adiós, Fausta querida; te abraza con toda el alma, tu agradecida y constante

CARLOTA.

Madrid, 10 Septiembre, 90.

CARTA DÉCIMA.

Fausta: ¡Tres noches trazando palabras y palabras, líneas y líneas, en el blanco papel, y las tres noches rompiendo los pliegucillos apenas mediados!... No, no encuentro modo de expresarte razonadamente, todos mis pensamientos al dudar, al caer y al sentir en mi rostro el frío de la vergüenza... No cabrían en cien pliegos todas mis impresiones y todos mis razonamientos. ¡Imposible! Prefiero que tú razones por mí, que tú deduzcas de lo poco que digo, lo mucho que yo no sé expresar, y que atentes con tu buen juicio, el avieso alcance que pudiera dárseles á mis gritos de rebelión, contra lo que mi conciencia me dice que era injusto... Sí, Fausta; prefiero esto... Ahí van algunos de los pliegos que escribí febrilmente y que dejé intactos, con sus incoherencias y sus giros torpes... Hay cosas que no pueden decirse bien, si, al decir las, se sienten.

Quedas complacida... Adiós, Román, me espera para ir al Vivero á almorzar. ¡Ahora sí que mi dicha ve solita la luz del sol!... Perdona; es un atrevimiento, tal vez impúdico, mi exclamación; pero ¡qué quieres! habla en mí la felicidad y la juventud. ¿También la dicha ha de ser hipócrita? ¡Oh! Que lo sea, si así le place al mundo; pero, yo, contigo, no lo quiero ser... Conóceme tal como soy. Cuando te repugne, calla y olvídamme.

Te abraza fuerte ¡muy fuerte! tu amiga

CARLOTA.

Coda. — He sentido tentaciones de firmar *Bebé*... ¡Está el cielo tan azul... y yo tan contenta!... Voy al campo á correr, á saltar... ¡já vivir!

Madrid, 14 Septiembre, 1890.

TEXTO DE LAS HOJAS QUE ACOMPAÑABAN Á LA CARTA ANTERIOR.

« Pero ¿qué decir? Román tenía en sus manos mi libro de oraciones, y contemplaba, sonriendo, aquellas hojas de flor, que yo guardara allí como recuerdo de unos instantes de felicidad... Su pregunta había sido demasiado indiscreta y tan inesperada, que no acerté á responder... ¿De quién eran las flores á que pertenecieron tales hojas!... Me puse tan colorada y me aturdí tanto, que por eso sonrió el muy pillastrón. Debí de adivinar la verdad; es decir, la verdad no, porque, de haberla adivinado, su sonrisa hubiese sido compasiva en vez de picarresca... Por esto me aturdí, porque pensé: « Román cree que esas hojas de flor, son de aquellas flores que me regalara un día, y cree que las conservo porque le amo... » ¿Qué decir? ¿qué hacer? Mi silencio, fué mi primer mal paso. Debí hablar con franqueza, desengañarle, decirle el verdadero sentimiento que me indujo á guardar aquellas hojas; pero... »

« Una noche, estando de sobremesa, llegó Román, y sentóse á mi lado para jugar al tresillo... Yo, retiré el pie y, aturdida, hice una mala jugada que fué causa de que Román, diese *codillo* á Pepe... Por cierto que, el incidente, me hizo recordar que mi esposo, el día de nuestra boda, se tomó igual libertad, mientras

comíamos... y sus botas de becerro mal lustradas, ensuciaron de lodo y betún, mis blancos zapatitos... Mis zapatillas, blancas también, no fueron ensuciadas por los charolados zapatos de Román... »

« Un día, mi esposo, se marchó de casa, dejándome el *honroso* encargo de que, si venía Román, le pidiera cinco duros de parte suya... Y Román,

vino, pero yo no le pedí nada... Tuve vergüenza de formular tal petición... y esto me valió una repulsa y hasta algunos empujones de mi esposo. Más tarde, Román, se enteró por Pepe, de mi *ridícula* cortedad, y me dijo al oído con la mayor ternura: « — ¡Pobre Carlota! Es usted digna de mejor suerte. » Nada más... Esto bastó para que yo comprendiese que me compadecía desde el fondo de su corazón. Pero ¡ay Fausta! Yo sabía ya

que Román me amaba, y su compasión, dábame miedo. Sin embargo, es tan consolador verse compadecida cuando se sufre, que agradezco sus frases con una cariñosa mirada de gratitud. »

« Era preciso contestar... Mi esposo ¡quién sabe dónde! seguramente entre mujercuelas, cuyas gracias le hacían encontrarme siempre sosa; mi



suagra en misa, tal vez pidiendo á Dios, resignación para sufrirme; yo... rendida por el insomnio, despeinada, con los ojos enrojecidos de tanto llorar y la cara paliducha, con los pómulos asomando por entre la flácida carne... ¡Sola sola con Román, que insistía... insistía en sus razonamientos, musitados á mi oído, con ese acento apasionado y comprimido del amor... ¿Qué responder?... No recuerdo... no sé lo que le dije; creo que le hablé llorando, que le pedí que no aumentase mi desesperación con su insistencia y que no acabase de enloquecerme; le dije que sí... que tenía razón, que eran verdades todas las infamias que suponía se estaban cometiendo contra mí... pero que no era posible... que mi honradez antes que todo. ¿Esperanza? Ninguna... ¡imposible! Amarle... ¡qué sé yo! ¿Hay quien pueda definir, cuando la gratitud acaba y el amor empieza? « ¡Por Dios Román!... Yo se lo ruego... Usted es bueno... No insista... ¡Dios mío, Dios mío!... ¡Tenga usted valor para sufrir como sufro yo! »

« Quedé muda, fría, anonadada, al ver entrar á mi esposo en la estancia, seguido de su madre... Habían oído mis últimas frases y las tradujeron á su gusto; es decir, á Pepe, que volvía beodo como de costumbre, se las tradujo su madre, con toda la buena intención que puedes suponer, y entonces, él, se abalanzó sobre mí y descargó en mi rostro sus pesados puños de borracho, mientras su madre me escupía, despidiéndome y llamándome lo que aun no era. Román me cogió de un brazo, tiró de mí sin que nadie le estorbara y, poco después, no sé cómo, me vi en un coche sola con él... y con él sígo... Esto fué todo, Fausta... Como ves, mi confesión es franca, aunque no muy extensa. Creo que tú, lograrás suponer con acierto, lo que no te digo en estos pliegos, llenos de tachones... y de lágrimas. »

CARTA UNDÉCIMA.

Querida Fausta: ¡Un año sin escribirte!... No lo extrañes. ¡Cosas del destino!

Recibí tu última carta, á raíz de un grave disgusto, motivado por la muerte de aquellas mis nuevas ilusiones... Estuve enferma y no pude escribirte. Luego, francamente, Fausta, no pensé en escribir porque apenas tenía tiempo para llorar. Figúrate que, á Román, le metieron preso por

cosas del periódico... Mi dolor no tuvo límites... Fui á verle á la cárcel y noté, por primera vez, que pensaba más en sus ideales que en mí. Todas las mañanas, iba á llevarle la comida... La empresa del periódico, me daba el exiguo sueldo de Román, para atender á nuestras necesidades... Te juro que, algunos días, no comí para no mermar la ración de aquel hombre, por quien hubiese dado la vida... ¡Oh! ¡El hombre... el hombre! No quiero decirte todo lo que pienso acerca del hombre. En el fondo del más bueno, duerme pronta á despertarse, la bestia humana y egoísta.

Así pasaron algunos meses... Luego, le trasladaron á un penal; la empresa periodística dejó de darme dinero y Román ni tan sólo me escribió una carta, á pesar de saber que mi situación era muy terrible: estaba en cinta... Tal vez á causa de los disgustos, di á luz, antes de tiempo, asistida por piadosas vecinas. Después... lo natural: venga buscar trabajo inútilmente, venga pasar privaciones infinitas... Hasta he pretendido servir de camarera; pero mis antecedentes, han hecho que no me tomaran... ¡Mis antecedentes!... ¡Cómo ha de ser! Ya no protesto, me voy convenciendo de que la libertad de conciencia y los derechos individuales, son enormes pecados en esta sociedad para la que sólo existe un patrón de honradez... ¡Mis antecedentes! Sí, sí; he sido muy mala ¡mucho! De todo lo que me hicieron sufrir; de todas mis lágrimas; de todas mis angustias, yo y solo yo, soy responsable... ¿Qué cosa será justicia social?

En fin, como de todo dudo ya, no sé si esta carta la leerás con gusto... Una lamentación eterna, es lógico que acabe por fastidiar, y mis cartas siempre son eso: una lamentación pesada, aunque muy dolorosa.

(Continuará.)

LUIS DE VAL

CORPUS

PRÓXIMO á morir, terminada su misión sobre la Tierra, esparcida la buena semilla á los cuatro vientos, seguro de que esa semilla fructificaría, seguro de que su voz supranatural llevaría el temor al ánimo de los poderosos, la esperanza al ánimo de los afligidos, quiso el Hombre-Dios reunir una última vez á sus discípulos. Y después de purificarlos, ejecutando con sus manos el lavatorio, los sentó á su mesa. Cuando estuvieron hartos de manjares los cuerpos, Cristo tomó pan sin levadura y lo partió en trozos, tomó vino en el amplio cráter, y á cada uno de los apóstoles dió el pan é hizo beber un sorbo de vino, diciéndoles: «Tomad y comed, que este es mi Cuerpo; tomad y bebed, que esta es mi Sangre.»

En el pan ázimo, simbolizaba Cristo lo mejor de los alimentos que los hombres ingieren, y en la pura harina del trigo, encarnaba los principios vitales que al hombre sostienen.

En celebración del Santo misterio, se ha instituido la fiesta del Corpus. Y se celebra cuando los campos han madurado su fruto, cuando la tierra, llegada á la plenitud periódica de su vida, rinde al hombre centuplicado el fruto de sus esfuerzos, cuando la semilla que entre la obscuridad y el secreto germinó poderosa ha crecido en tallo, ha brotado en forma de espiga, ha madurado al beso del sol, ha vuelto á su primitiva potencia, pero mucho más fecunda, mucho más poderosa. El Hombre-Dios entrega su Cuerpo á los mortales, para que de El se nutran, para que comprendan que en El se encierran la fuerza y la fecundidad inagotables.

Quando se celebra la fiesta del Corpus, la más augusta de todas, la más solemne, porque simboliza el pacto de amor entre la naturaleza y los hombres, pacto que no puede romperse, fecundidad que durará en tanto que dure la raza de los hombres, todo es gloria y vida sobre la tierra. En los campos ondea, á impulsos del viento, la dorada mies; sobre su áurea superficie, las manchas rojas de las amapolas, parecen simbolizar la sangre nueva que aquellas espigas, entre cuyos tallos nacen, infundirán en las venas de los hombres. Todos los árboles están cubiertos de botones, que estallarán en frutos sabrosos; en los prados y jardines brotan las rosas y los claveles, que embalsaman el aire. Lo que sustenta la vida y lo que la embellece, lo que habla al cuerpo y lo que habla al espíritu, crecen á la par y á un tiempo llegan á su plenitud, infundiendo esperanza y energía. Miran los labradores las riquezas que el suelo les otorga, preparan las aceradas hojas que, cortando los tallós, han de perpetuar vidas más complicadas, arreglan la troj que recibirá el grano, dan ración doble á los caballos que, pisoteando las espigas, separan el grano de la paja, lo que nutre al hombre de lo que alimenta á las bestias de labor. El artista se extasia ante la belleza incomparable de las flores que se yerguen espléndidas, perfumando la atmósfera; pájaros é insectos vuelan y alegran la mirada; y si unos cantan el himno de la existencia, los otros lo esculpen con trazos indelebles en el alma del que sabe comprender lo que significan aquellos giros de las libélulas blancas, de las rojas y negras mariposas, de las tornasoladas moscas y arañas, de los escarabajos de oro, errátiles apariciones que no puede copiar ningún pincel, que no reproducirán jamás los colores de una paleta. Y por sobre esos panoramas inimitables, capaces de suspender el ánimo del que sabe comprender su grandeza, destella el sol su luz cuasi eterna, madre de todo lo creado, luz que envía oleadas de calor, calor que es movimiento y vida, y fuerza y principio, y elemento esencial de cuanto se mueve y vive, y respira y muere.

¡Cómo se siente la grandeza del Corpus sobre la cúspide de una montañal El sol, llegado á su máximo grado de esplendor, inunda el valle, requema los flancos del monte, cae á plomo sobre su granítico espinazo, se refleja en las aguas del lejano río que centellean de alegría á su contacto, penetra en las profundidades de las gargantas, ilumina con tonos de obscura esmeralda el follaje de los apretados árboles, que forman la mancha negra de la selva y del bosque, hace aparecer más blanca la casería rodeada del oro de los trigos, fulgura sobre las campanas de la torre, convirtiendo en oro el bronce, centellea contra el cristal del mar desmedido, que cierra los últimos confines del horizonte, y envía por doquiera su calor fecundante que despierta el movimiento de las moléculas, las cuales unas sobre otras se precipitan, produciendo acciones y reacciones químicas, que son la síntesis de la existencial

Por todas partes la fecundidad y la fuerza aparecen. Los árboles se cargan de frutos, los tallos de hierba de espigas, busca el macho á la hembra, los pequeñuelos de la primera cría hallan alimento abundante sobre el pródigo suelo, las hormigas cargan con los cadáveres de los insectos que han perecido bajo los golpes de sus rivales, la larva devora hojas y hojas para dar luego á las alas del insecto el verde esmeraldino que las hojas tenían, lo rojo del sol que las iluminaba, lo blanco de la savia que las nutrió.

Y en el valle, en las casitas de los labradores; en la ciudad, en las moradas de los ricos; en el mar, en el buque del nauta; sobre la montaña, en la hermita que habita el asceta, parece que el aire lleve la buena nueva; parece que en la atmósfera palpite; que sobre todo y todos se cierna. La comunión eterna se renueva; la fecundación se cumple, el Corpus alienta á la Humanidad fatigada de la lucha.

Y en la ciudad; más limpia que el oro, profusa, olorosa, la retama cae sobre el palio que cubre el Cuerpo, en tanto que las frentes se inclinan y se rinden las armas, y se humillan las banderas. La comunión de la Cena se renueva, Cristo resucita y alimenta á sus hijos, y les predica la paz que turban estúpidos, el amor que desconocen ingratos.

Bendito el Corpus, en que la retama alfombra las calles y el trigo alfombra las eras.

A. RIERA



D. ALVARO DE LUNA

(EFEMÉRIDES ILUSTRADAS)

QUIZÁ la historia de ningún país, presente el ejemplo de un hombre llegado á tan alto puesto, y despeñado por la loca fortuna á tan bajo lugar.

Nacido don Alvaro de Luna en un lujoso palacio, viene á morir en un afrentoso cadalso.

Sus amigos fueron tan grandes, como sus enemigos poderosos. Afortunado en amores, ¡quién sabe si un amor fué la causa principal de su muerte!

Poseedor de inmensas riquezas, tuvo que ser enterrado de limosna. Conozcamos su vida y sus hechos.

Hijo don Alvaro del copero mayor del rey Don Enrique III, debió nacer por los años de 1390.

Ignórase el nombre verdadero de su madre, pues mientras que sus rivales le supusieron hijo de una mujer de vida airada, llamada *la Cañeta*, sus amigos le dieron por madre á la noble doña María de Arasandi.

Tan gallardo como ingenioso; tan diestro en las armas como en los juegos; tan hábil en el canto como en la poesía; tan valeroso soldado como galante amador; si enloquecía á las mujeres, si los hombres le respetaban y temían, el rey niño,—luego Don Juan II,—á quien entró á servir, no podía pasar sin él, su compañero y amigo, su consejero y apoyo, su protector y hermano.

Durante la minoría de Don Juan, fué desterrado por la reina doña Catalina, su madre, lo que formó un nuevo lazo de cariño entre el príncipe y su paje.



ENTIERRO DEL CONDESTABLE D. ALVARO DE LUNA

Cuadro de E. CANO, existente en el Museo Nacional de Pinturas.

Fot. Laurant y C.^{as}

Para desagraciarlo, al empuñar Don Juan las riendas del gobierno, le hizo conde de Santisteban de Gormaz, Condestable de Castilla, ministro y favorito.

Mas ¡ay! diríase que el favor del monarca aumentaba la ambición del Condestable, que bien pronto llegó á contar con cinco condados, el ducado de Trujillo, dos ciudades, setenta villas y castillos, y el Maestrazgo de Santiago; logrando reunir hasta 20.000 vasallos y 100.000 doblas de renta.

Cierto que don Alvaro pagó al rey su cariño y finezas, librándole de la esclavitud en que los nobles pretendían tenerle, luchando bravamente contra ellos por el engrandecimiento del monarca, triunfando de los moros en Figuera y Guadix, y ganando á los infantes y á los grandes sublevados la batalla de Olmedo, en la que, mal herido en un muslo, mantúvose á caballo toda la jornada.

En aquella lucha, en aquel terrible duelo á muerte que duró más de treinta años, el Condestable tuvo sus días de luz y sus noches de negrura.

Los conjurados contra él, obtuvieron de Don Juan II una orden de destierro, que hubo de cumplir.

Audaces los nobles y débil el monarca, temió éste al encontrarse solo, y volvió á llamarle á su lado, colmándole de nuevos favores.

Don Alvaro, al tornar á la corte, procuró apartar del lado del rey á todos sus enemigos, llegando á dominar hasta en el interior del palacio. Entonces apareció como el verdadero rey de Castilla.

Sus enemigos, aprovecharon la ocasión é hicieron ver á Don Juan II que el Condestable era el Supremo Señor, y el monarca el último de sus vasallos.

Herido Don Juan en su orgullo, pensó otra vez en desterrarle; pero un suceso, en cierto modo imprevisto, vino á perder al favorito.

Alfonso Pérez de Vivero, á quien don Alvaro había sacado de la nada, se unió á sus contrarios, y el Condestable, ardiendo en ira, le hizo matar en su propia casa.

Aquel acto fué el último de su poderío y precursor de su ruína.

La reina en la que, según algunas Memorias de aquel tiempo, el favorito había fijado sus ojos puesta a la cabeza de los conjurados contra don Alvaro, logró del monarca una sentencia de muerte.

Preso en su castillo, abandonado de los muchos a quienes había colmado de beneficios, acusado de robos, cohechos y tiranía, no tardó en ser condenado, apoderándose el rey de sus inmensas riquezas.

Don Alvaro, dice un notable escritor, mostróse tan valeroso, tan noble y grande en el cadalso, que su muerte absuelve su vida.

Según el gran Quitana, en su famosa obra *Españoles célebres*, tendría al morir— 2 de Junio de 1453 — sobre sesenta y tres años, y aun se conservaba ágil y robusto, con grandes dones de cuerpo y alma.

Fué don Alvaro hombre de mediana estatura, con los ojos vivos y penetrantes, y el habla algo balbuciente. Gran amante de la poesía. Muy amigo del insigne Juan de Mena. Galán y atento con las damas, y discretísimo en sus amores.

En luchas de guerra, pocos de su tiempo se le pudieron comparar.

En sagacidad y penetración política, en tesón y atrevimiento, ninguno le compitió.

En cambio, su ambición, su orgullo, su avaricia y la crueldad de que revistió sus postreros tiempos, le enajenaron las voluntades.

Pasemos a reseñar sus últimos momentos.

Antes de ir al suplicio, oyó misa y comulgó devotamente.

Sobre una mula, llegó a la plaza Mayor de Valladolid, donde se levantaba el cadalso, cuyas escaleras subió con resolución y presteza; adoró una cruz, y al ver entre la multitud a uno de los pajes que le habían acompañado en su prisión, llamado Morales, le dió la sortija de sellar que llevaba en el dedo, diciéndole: — «Toma, es el postrero don que de mí recibes». — El paje se echó a llorar, como todos los circunstantes.

Mirando a Barrasa, caballero del príncipe, exclamó: — «Dile al príncipe mi señor, que mejor galardone a los que lealmente le sirven, que el rey mi señor me ha galardonado a mí».

Pidió al verdugo le atase las manos con una cintilla que le dió, y que mirase si tenía bien afilado el puñal. Como preguntase, para qué era un garabato que había en un madero, y el verdugo le contestase que era para exponer su cabeza, dijo: — «Hagan de ella lo que quieran; después de yo muerto, el cuerpo y la cabeza nada son».

Tendióse en el estrado, que estaba hecho en un tapete negro, el verdugo *pasóle prestamente el cuchillo por la garganta...* y todo acabó.

Para que nada faltase de lo que se hacía con los ajusticiados, en una palancana de plata se echaba la limosna para enterrarle, y el entierro se hizo en la iglesia de San Andrés, donde se sepultaba a los malhechores y ajusticiados.

Tal es la escena en que el laureado artista E. Cano se inspiró para pintar el cuadro que hoy ofrece ALBUM SALÓN a sus lectores, y que figura en el Museo Nacional.

Una superstición.

Don Alvaro, según la tradición, nunca quiso entrar en el pueblo de Cadahalso de los Vidrios, por haberle predicho un astrólogo que en *Cadahalso* moriría.

Caído el rey en una profunda melancolía, débil para imponerse a su favorito, débil para impedir su muerte, y más débil aún para triunfar sin la espada del Condestable, de los nobles rebeldes contra él apenas le vieron solo, no tardó en seguir a don Alvaro, pues falleció al año siguiente.

Con razón dijo el poeta:

«La privanza de los reyes
es á veces como el fuego,
que al que está muy cerca abrasa
y alumbra al que está muy lejos.»

E. RODRIGUEZ SOLIS

TOMÁS MORAGAS



NOTA DEL CORPUS

PENSAMIENTOS

PARA BARTOLOMÉ LOZADA.

ESTA maravillosa fructificación de ciencias, de industrias y de progresos de toda especie, es la resultante categórica de las fuerzas de un trabajo titánico y sin intermitencias. Es una de las notas características, más honrosas de nuestro gran siglo. Un cuadro que contuviese un paisaje animado en que se viese, como al través de un cinematógrafo, a la humanidad moderna bailando la danza sagrada del trabajo, como en un festín alegórico de la vida universal, sería la glorificación gráfica más hermosa que podría hacer de sí mismo el *sacerdote de la creación*.

Vivir más intensamente, ver más, vencer más: esa es la síntesis del programa del hombre moderno, en su ruta de luchas, de emulaciones gloriosas y de triunfos redentores.

El hombre cifra, hoy más que nunca, el proceso de su perfectibilidad en el trabajo; y esto implica que cada día adquiere una convicción más luminosa de su destino, puesto que el trabajo es ley divina.

La lucha por la existencia siempre ha sido y siempre será. No hay más que esta diferencia esencial, entre el hombre de ayer y el hombre de hoy: que el último dispone de más perfeccionadas armas para la lid, y ésta es, por ende, más rápida, más ruidosa y más decisiva.

Del fondo de esta gran lucha de los espíritus fuertes contra las rutinas, los obstáculos materiales y los ideales anacrónicos, surge algo, á guisa de indefinible clamoreo, que infunde miedo á las almas pusilánimes y desconcierta á las retrógradas. Diríase que estos pobres rezagados de las batallas nuevas, pretenden puerilmente oponer el reto de sus lágrimas y de sus sollozos, á los decretos de la Asamblea del Progreso, porque en su seno sienten la nostalgia del *far niente*...

Creo (y no pienso que mi creencia sea sólo un delirio optimista) que no estamos en el caso de lanzar ayes, sino hurras. Me parece un absurdo, celebrar el paso de una procesión civilizadora tan imponente, con una marcha fúnebre.

Cuando nos encontramos casi en vísperas de realizar la ansiada «unidad del género humano», por obra y gracia de la Ciencia y del Trabajo, cada día más propicios á la armonía cosmopolita, ¿no es vergonzoso que la aurora de tan bello día nos sorprenda con los ojos llorosos, en vez de esperarla preparados con el presente ideal del más divino hosanna?

Procediendo de acuerdo con los espíritus adormecidos en la tiniebla de «la tristeza contemporánea», se llegaría á la consecuencia inaceptable de antemano, por ridícula, de que la radiación de la Ciencia y la del Arte no pueden coincidir. Y esto es una blasfemia estética. En definitiva, el Arte no es más que un mágico reflejo de lo Eterno verdadero, que forma el miraje de lo bello ideal.

La obra inmensa y sólida de nuestra cultura ha requerido indefinidamente la colaboración de paladines mártires y de apóstoles triunfadores. A veces, la decepción es el corolario de esos sacrificios jamás son estériles. «El camino de Jerusalén estuvo sembrado de huesos humanos... Siempre han servido á los vencedores las huellas de los fracasados.»

La Naturaleza es una virgen ubérrima, pero cuyos dones no se obtienen sino en amores transformados en obras. La gloria es una amazona que es menester conquistar en fuerte é hidalga liza. El progreso es el *substratum* sociológico de todos los grandes triunfos humanos... Todo lo más excelso de los tesoros de nuestra civilización es el premio del esfuerzo del hombre frente á la Naturaleza, en la conquista de la Gloria y en la lucha indefinida por el Progreso...

ANTONIO S. BRICEÑO



Cuadro de RICARDO MARTÍ.